



FALACIAS QUE SUSTENTAN NUESTRAS CREENCIAS

Antonio Elizalde

Universidad Bolivariana (Chile)

Resumen

Las razones que originan la crisis en que nos encontramos es sobre lo que quisiera reflexionar e intentar aportar elementos para un diagnóstico que vaya más allá de los tantos con que contamos pero que no apuntan a lo realmente esencial y que está a mí entender resumido en esa magnífica afirmación de Albert Einstein: «El mundo que hemos creado es un proceso de nuestros pensamientos. No se puede cambiar sin cambiar nuestra forma de pensar».

Abstract

The underlying causes of the crisis in which we find ourselves are about what I would like to reflect on and try to provide elements for, a diagnosis that goes beyond the many that we have seen and that never discuss what is really essential, which, as I understand it, can be summarised in this magnificent statement by Albert Einstein: «The world we have created is a process of our thoughts. It cannot be changed without changing how we think».

«Aprendemos a pensar sobre cada cosa y luego entrenamos a los ojos a mirarla tal como hemos pensado en ella».

Wittgenstein

«La mayor parte de nuestro llamado ‘razonamiento’ consiste en encontrar argumentos para continuar creyendo como ya lo hacemos».

James Harvey Robinson

«Se es lo que se hace».

Ortega y Gasset

Vivimos en una situación de crisis, ya nadie puede negarlo. Aflora por todos lados. La crisis financiera que tiene a Europa entera sumida en una situación de paro generalizado, de reducción y desmantelamiento del Estado de Bienestar, de destrucción sistemática de todo lo público, del «sálvese quien pueda», de agudización de la pobreza y de la exclusión social, de incremento de los peligros interiores (de los *enemigos íntimos*, como los llama Tzvetan Todorov) de la democracia: el

mesianismo, el ultraliberalismo y el populismo y la xenofobia. La crisis ha llegado incluso a las puertas de los poderosos, de los que lo tuvieron todo, de los que expropiaron a los débiles, a los pobres, a los últimos, y mediante esa expropiación construyeron el modo de vida occidental, que al parecer está comenzando a tocar fondo.

Como lo afirmaba hace ya más de una década atrás Federico Mayor Zaragoza: «Los ‘nudos gordianos’ de nuestra época son de todos conocidos:

la exclusión y la discriminación, con pretextos étnicos, culturales o ideológicos; la miseria urbana y la decadencia de las zonas rurales; las emigraciones masivas; el despilfarro de los recursos del planeta y el deterioro del medio ambiente; las nuevas pandemias como el sida y las antiguas que recobran renovada virulencia, como la tuberculosis o el paludismo; el tráfico de armas, de drogas y de ‘dinero negro’; la guerra y la violación de los derechos humanos y la inercia. La inercia que hace que todavía se use la fuerza sin contemplaciones, sin desacelerar la maquinaria de la guerra. La inercia que impide a los decisores ver lejos y adoptar soluciones imaginativas, pensando en los demás y no sólo en sí mismos»¹.

Las razones que originan la crisis en que nos encontramos es sobre lo que quisiera reflexionar e intentar aportar elementos para un diagnóstico que vaya más allá de los tantos con que contamos pero que no apuntan a lo realmente esencial y que está a mi entender resumido en esa magnífica afirmación de Albert Einstein: «El mundo que hemos creado es un proceso de nuestros pensamientos. No se puede cambiar sin cambiar nuestra forma de pensar.»

Yo mismo he venido sosteniendo en muchos espacios desde hace ya muchos años, un planteo similar. El cual para efectos de clarificación analítica de mi exposición lo presentaré de una manera esquemática:

Tres premisas

1. La creciente complejidad del mundo que hemos ido creando requiere métodos de aproximación que den cuenta y que nos permitan comprender y operar en dicha complejidad. El reduccionismo propio de la ciencia pasada que pudo haber sido útil en otro momento histórico, ya no

lo es más debido a su insuficiencia para entender la complejidad con la cual se debe lidiar.

2. Somos herederos de una concepción del mundo propia de la «Ideología del Progreso» que dio lugar a las concepciones desarrollistas –la creencia en la posibilidad de un crecimiento ilimitado y siempre creciente–, ésta ha entrado en colisión con los límites planetarios y ha generado una crisis de todos los paradigmas basados en la idea de un tiempo lineal y siempre mejor, dando origen y estimulando una creciente preocupación por la sustentabilidad.

Hay algo, sin embargo, de lo cual no hemos tomado debida nota y es lo que nos señala la idea de Einstein presentada antes.

3. Todos los actuales dispositivos hegemónicos: tecnológicos, políticos y culturales fueron acuñados en un momento histórico y en el contexto cultural de la modernidad, en el cual se creyó posible el crecimiento sin límites. La nueva realidad emergente, compleja, desafiante y problemática, nos exige revisarlos para hacerlos coherentes con esta nueva situación histórica que estamos viviendo: un mundo que experimenta una creciente aceleración de los procesos sociales, económicos, políticos, culturales, tecnológicos y ambientales, todo lo cual se traduce en el cotidiano de las personas y en el operar de las instituciones, en un progresivo desborde de las escalas de sentido.

Continuando en mi exposición, quiero explicar el marco o enfoque desde el cual analizo la situación actual.

¹ MAYOR ZARAGOZA (1999), p. 193.

Tres ideas iniciales

«El hombre [*sic*] es ante todo palabra y con ese instrumento construye innumerables mundos simbólicos que lo acompañan y a veces lo torturan».

Augusto Ángel Maya

1. *El ser humano es ante todo palabra y mediante ella simboliza.*

Los símbolos son los conectores entre los mundos interiores, universos cerrados o enclaustrados, constituidos por nuestras mentes y las otras mentes, así como los traductores de los elementos constitutivos del universo a nuestras mentes.

2. *La ética y la política surgen de las formas de adaptación al medio (el cronotopos).*

Toda cultura humana es una forma de adaptación al medio, a un *topos* (lugar o territorio en el cual surge y evoluciona) y un *cronos*, un determinado momento histórico con un antes y un después en términos de sucesión. En esa forma de adaptación se va desplegando un conjunto de conductas humanas (costumbres) que termina constituyendo una ética (moralidad) propia, así como se va configurando una forma específica de convivencia social, emergencia de derechos y deberes, ejercicio del poder y de la autoridad, toma de decisiones, y resolución de conflictos.

3. *Ningún sistema cultural se construye solamente con ideas, aunque también se construya con ideas.*

Toda cultura es el resultado de un conjunto de prácticas (*praxis*) sociales, colectivas e individuales, que configuran un *ethos* y una *politeia*, a partir de

un conjunto de ideas sobre el mundo, un *episteme*, imaginario o cosmovisión compartida (conjunto de creencias, mitos, emociones dominantes, ideas, conocimientos y tecnologías) que organizan y dan sentido tanto a la vida individual como colectiva, y que son a la vez origen y resultante de dichas prácticas.

Una hipótesis inicial

Nuestras creencias condicionan nuestras ideas y emociones. Ningún cambio es posible sin modificar las creencias en las cuales nos movemos.

Una paradoja

Existe una incoherencia entre la *dimensión teórica* (el mundo de las ideas, el cómo pensamos la realidad) y la *dimensión práctica* (el mundo de las conductas, el cómo actuamos) y ambas a su vez con la *dimensión deseante o libidinal* (el mundo de los deseos, el cómo sentimos, emocionamos y deseamos).

En el mundo de las ideas, en el cómo pensamos el mundo, el rasgo distintivo es la *separatividad*. Pensamos el mundo como un mundo de objetos, de entes separados y aislados, pensamos la realidad como algo fijo, estructurado, conformada por entes invariables, que aunque inertes, y no obstante ello, están dotados de una naturaleza y capacidad de resistencia a nuestra voluntad que hay que doblegar, estrujar, torturar, etc., para someterlos a nuestro arbitrio intelectual o racional y dominio operacional. Está así totalmente ausente una mirada participativa del mundo, que lo comprenda como un proceso, como dinámica de permanente transformación, de surgimiento de emergencias, de eventos, como algo eminentemente evenencial,

de potencialidades disponibles, de eventualidades posibles, como nos lo sugiere Francisco Varela: «El gran aporte de Piaget es que la cognición –incluso en lo que aparece como sus más altos niveles de expresión– está enraizada en la actividad concreta del organismo total, es decir en el acoplamiento sensorio-motriz. El mundo no es algo que nos haya sido entregado: es algo que emerge a partir de cómo nos movemos, tocamos, respiramos y comemos. Esto es lo que denomino la *cognición por enacción*, ya que la acción connota el producir por medio de una manipulación concreta»².

Esta forma de pensar el mundo da origen a una ausencia de visión de conjunto y a nuestro papel allí, y por consecuencia nos genera una incapacidad para alcanzar la sabiduría: sabemos muchas cosas pero entendemos cada vez menos. Ello como producto de algo que podríamos denominar como una *falacia de fragmentación*.

Por el contrario, en el mundo de las conductas, de nuestras prácticas, en el cómo operamos en y sobre el mundo, requerimos de un operar integrado, de otro modo no podríamos vivir; un paso requiere de otro paso previo, es un mundo unificado que pudo antes estar constituido en una escala humana: la tribu, el clan, la comunidad local, el pueblo o ciudad; o fragmentado (parcialmente): el burgo o feudo, los reinos, imperios, totalitarismos, estados nación; pero ya no, porque la escala humana (la escala en la cual podemos asignar sentido) ha sido pulverizada por la globalidad, por la globalización. Nos hemos adentrado en la constitución de un solo mundo, de un planeta único, de un territorio global. Es la unificación del mundo, la globalización, la mundialización del mundo, todo ello mediante una *globalización perversa*, como la denominó Milton Santos. Pero es este un espacio unificado, mucho más allá de la escala de la comprensión humana, de la asignación de sentidos y de las responsabilidades subyacentes

a ello, de la escala en la cual podemos vivenciar el impacto o resultado de nuestro operar como una retroalimentación que nos permite evaluar nuestra propia conducta, y consecuentemente valorarlo como algo positivo o negativo. Hemos transgredido la escala de la acción humana y hemos llegado a instalarnos en una situación que podríamos denominar una *falacia transescalar*. Llegamos así prácticamente a una situación en la cual nadie es (o se siente) responsable de nada. De allí la permanente necesidad casi infantil de nuestra sociedad actual de vivir buscando y construyendo chivos expiatorios, cucos, demonios, partidarios del mal.

Por último en el mundo de los deseos, el cómo satisfacemos las pulsiones y apetitos propios de la condición «humana», hemos llegado a una situación como la denomina Lipovestky el surgimiento del turboconsumidor, la sociedad del hiperconsumo. «Nace un *Homo consumericus* de tercer tipo, una especie turboconsumidor desatado, móvil y flexible, liberado en buena medida de las antiguas culturas de clase, con gustos y adquisiciones imprevisibles»³. «El hiperconsumidor ya no está sólo deseoso de bienestar material: aparece como demandante exponencial de confort psíquico, de armonía interior y plenitud subjetiva y de ello dan fe el florecimiento de las técnicas derivadas del Desarrollo Personal y el éxito de las doctrinas orientales, las nuevas espiritualidades, las guías de la felicidad y la sabiduría... La expansión del mercado del alma y su transformación, del equilibrio y la autoestima, mientras proliferan las farmacopeas de la felicidad»⁴.

Hemos llegado así a una cultura de la desmesura, de la exacerbación de la codicia, de la incitación del individualismo posesivo y del egoísmo extremo.

Parece necesario, entonces, intentar identificar cuáles son las creencias erróneas (falacias) instaladas muy profundamente en nuestro imaginario

² VARELA (1996), pp. 14-15.

³ LIPOVETSKY (2007), p. 10.

⁴ LIPOVETSKY (2007), p. 11.

colectivo de las cuáles es urgente y fundamental tomar conciencia para poder avanzar (¿retroceder?) o más bien desplazarnos hacia otra forma de entender el universo y nuestro lugar en él.

Una primera falacia: la separatividad

Ya hemos hecho referencia a una noción fundamental profundamente equivocada: la separatividad. Nos vemos a nosotros mismos como partes aisladas, fragmentadas, atomizadas, separadas del todo que constituye la realidad de la cual formamos parte. Como lo señala Spretnak: «La fe moderna en la concepción patriarcal de la razón y la objetividad, fundada en un distanciamiento de las emociones traicioneras y el pensamiento relacional, ha configurado el desarrollo de la ciencia, la medicina, las ciencias sociales, el derecho, el comercio y el gobierno. El gran edificio del racionalismo y el objetivismo se levantó, por supuesto, sobre el procedimiento extremadamente subjetivo de seleccionar porciones de información del campo gestáltico que rodea a cada situación, para luego hacer brillar la luz de la ‘razón’ sobre tales ‘datos’ considerados ‘objetivos’, los cuales eran ‘evidentemente’ los únicos aspectos notorios de la situación. Las personas ignorantes o resistentes a las reglas culturales del racionalismo patriarcal pueden sostener que debe considerarse mucho más de la conciencia gestáltica, incluso los sentimientos, para obtener un conocimiento sistemático rudimentario, pero, en general, los ciudadanos de las sociedades modernas occidentales han vivido bajo la ortodoxia de los mensajes culturales patriarcales referidos a la forma que debe adquirir el pensamiento racional»⁵.

Hemos llegado así a perder la conexión con el universo, con lo trascendente, con la sacralidad, con la magia y el misterio de lo uno, de lo cósmico;

y así perdimos también la capacidad de compasión y por tanto de «criar la vida» tal como lo hace la cosmovisión del mundo andino. Esta separación, incluso, se ha revertido sobre nosotros mismos disociándonos internamente, separando nuestra razón de nuestro emocionar, el sentir del pensar, los afectos de las ideas, lo público de lo privado, y así sucesivamente.

A partir de allí derivamos en una lógica de actuación destructiva, ya que la separatividad nos hace sufrir y derivamos en miedos, en fantasmas, en inseguridades de todo tipo y en una sobrevaloración de lo racional y de la explicación, como una fuente de aseguramiento, y así lo que no entendemos tendemos a destruirlo por temor, y por esa vía construimos una lógica bélica que nos lleva de ver todo lo distinto, lo singular, lo extraño, como un peligro, un adversario con quien competir o un enemigo a quien destruir. Somos incapaces así de aceptar al otro como un legítimo otro.

Morris Berman en su libro *El Reencantamiento del Mundo*, haciendo referencia al trabajo de R. D. Laing, presenta un diagrama que explica la esquizofrenia o el yo dividido, un ego que se disocia y no intenta conectarse con la realidad que lo rodea, buscando protegerse a sí mismo. Para mí fue muy sugerente, relacionar ese diagrama con el diagrama con el cual se me enseñó lo que debía ser la «objetividad científica», definida ésta como el necesario distanciamiento que debe establecerse entre el sujeto que conoce (el investigador) y el objeto de estudio (la realidad observada).

Como ha sido señalado por el pensamiento budista, la forma más sutil de contaminación mental del proceso cognitivo, es la que, implícitamente, atribuye realidad separada a los objetos y al observador. Todas las características que pueden ser encontradas en objetos, nominadas, clasificadas, etc., todas son el resultado de este tipo de simplificación, la que admite que el objeto puede, por último, revelar características *propias*, y en ningún momento considera que cualquier

⁵ SPRETNAK (1992), p. 133.

característica es solamente una especie de interpretación automática del fenómeno ocurrido en un *proceso de relación*.

Carlos Aveline sostiene que: «Esta forma de contaminación mental está presente siempre en nuestro raciocinio y en nuestras verbalizaciones. El propio lenguaje está estructurado en función de las características de objetos separados, y todo es descrito así... Usando el lenguaje de la física, podríamos decir que el cuerpo físico de un ser humano está a una temperatura aproximada de 37 grados Celsius; en temperatura absoluta en la escala Kelvin, estos 37 grados Celsius corresponderían a aproximadamente 310 grados. En el caso que el ambiente no emitiese radiación térmica sobre los seres humanos, estos rápidamente se congelarían y perderían la vida. O sea, constantemente nos mantenemos vivos justamente por recibir radiación térmica del ambiente, pero cuando contemplamos el ambiente en nuestro rededor o miramos nuestro cuerpo, no percibimos el grado de correlación íntima que existe entre éste y el ambiente... No percibimos como la existencia de este cuerpo humano es constantemente construida también por la energía térmica recibida del exterior en forma de radiación. Nuestra tendencia es ver nuestros cuerpos como objetos independientes y autosuficientes, interactuando con el ambiente cuando mucho a través de los alimentos y del aire. De la misma forma nos es difícil percibir como los objetos que vemos alrededor son construidos en su apariencia por los estímulos sensoriales que nuestro cuerpo recibe a partir de la incidencia, sobre estos objetos, de luz visible, por ejemplo. Nuestra mente los ve como objetos con características definidas, independientes de cualquier relación externa... La razón de esta ceguera es que esta forma de relación se da por medio de un mecanismo físico que queda oculto a la visión y al lenguaje convencionales»⁶.

⁶ AVELINE (1991), pp. 57-58.

La separatividad es, por lo tanto, una construcción cultural (ideológica), que fue necesaria para poder instalar la noción de progreso, de crecimiento, de acumulación, incluso de historia, y desarrollar de ese modo la ciencia y tecnología modernas, así como el capital como principal fuerza social transformadora de la realidad. Ello nos ha llevado a la permanente guerra con la naturaleza que hemos sostenido durante los últimos siglos. Sin embargo, para las culturas arcaicas tal guerra no existe, ya que no puede existir la guerra con uno mismo, no hay fronteras o separaciones, de allí que fuese necesario cambiar la antigua concepción respecto a la naturaleza para lograr así que ésta pudiese transformarse en sólo un recurso a dominar y controlar.

Una segunda falacia: la desingularización o abstraccionismo

Otra falacia es la del abstraccionismo, o de la universalidad. Occidente, lo que llamamos la civilización occidental es producto de la evolución de una cultura local que tuvo su origen en un punto singular y específico, y que por tanto produjo satisfactores de necesidades apropiados a esa realidad territorial en la cual surgió. Sin embargo, ella se impuso sobre muchas otras culturas subordinándolas e imponiéndoles satisfactores que, pudiendo ser beneficiosos en un contexto singular, pueden ser y en muchos casos lo han sido profundamente destructivos en otros contextos.

De allí entonces que podamos compartir el juicio que hace Varela: «racionalista», «cartesiana» u «objetivista»; estos son algunos de los términos que se utilizan hoy en día para caracterizar la tradición dominante en la que hemos crecido. Sin embargo, cuando se trata de re-formular el conocimiento y la cognición, considero que el término que mejor se adecua a nuestra tradición

es *abstracta*: no hay palabra que caracterice mejor a las unidades de conocimiento que han sido consideradas más «naturales». La tendencia a abrirnos paso hasta la atmósfera pura de lo general y de lo formal, de lo lógico y lo bien definido, de lo representado y lo planificado, es lo que le confiere su sello característico a nuestro mundo occidental»⁷.

Es así como Occidente ha destruido sistemáticamente la diversidad cultural, al destruir la singularidad y especificidad de formas de vida, de lenguas, de religiones, de conocimientos, de visiones de mundo, etc.; destruyendo asimismo la biodiversidad reconocida por esas culturas específicas. Al actuar así se ha ignorado olímpicamente lo que hemos aprendido gracias a los más recientes desarrollos del pensamiento científico respecto al necesario aporte de novedad que provee la singularidad para evitar la entropización de todo sistema. Se niega así la importancia de la unicidad (*uniqueness*) de todo ente, elemento sustantivo del universo físico y biológico, olvidando así lo que es la identidad atómica o la identidad celular, bases fundantes de toda la realidad. La ciencia moderna, principal logro occidental, busca reducir todo a algo universalizable, abstracto, desingularizado, esencial, incorpóreo, inmaterial, intemporal, algo incluso más allá de lo sensorial, de lo perceptual.

Una tercera falacia: la exterioridad

Y hay una tercera falacia, la de la exterioridad. Se ha llegado a creer que la vida se da más bien fuera de uno mismo, no en el ser, sino que en el tener o más bien en el aparentar ante otros lo que no se es. Hemos construido de ese modo un modelo civilizatorio exosomático, donde la felicidad la buscamos no en nosotros mismos sino que en cosas que están fuera de nosotros. Preferimos, por ejemplo, usar una calculadora a hacer el esfuerzo

de calcular mentalmente operaciones matemáticas simples. La vida transcurre así en una permanente exterioridad, donde lo que importa no es tanto ser feliz como aparentar «éxito» y felicidad; o identificarse con patrones culturales exógenos, muchos de ellos universales o cosmopolitas, más que con aquellos que son producto de nuestra propia historicidad. Se busca así acumular bienes y artefactos, «productos de última generación», tal como la cultura dominante lo establece como demostración del éxito, llegando incluso hasta la ostentación y el derroche.

Pero de modo similar hemos ido construyendo identidades no propias, no surgidas desde la historicidad peculiar y única de cada cual, sino asumiendo miméticamente aquellos patrones de comportamiento, de deseos y necesidades construidas sistemáticamente por la publicidad para empujarnos a consumir «exterioridad», «novedad», «hedonismo», «intimidad».

Lipovetsky señala que: «La época que comprime el espacio-tiempo es también la que tiende a disolver las antiguas fronteras separando el espacio privado del público. Se fueron los viejos pudores de la subjetividad y hoy es la vida personal lo que se despliega a pleno día, inundando con grandes olas la escena mediático-política. Éramos consumidores de objetos, de viajes, de información y ahora somos por añadidura sobreconsumidores de intimidad»⁸. Y continúa afirmando que: «Con el capitalismo de consumo, el hedonismo se ha impuesto como valor supremo y las satisfacciones comerciales como la vía privilegiada hacia la felicidad. Mientras la cultura de la vida cotidiana esté dominada por este sistema de referencia, y mientras no se produzca una catástrofe ecológica o económica la sociedad de hiperconsumo seguirá inevitablemente su curso»⁹.

Cuestión esta que es refrendada por Bauman cuando sostiene que: «Ésa es la materia de la que

⁷ VARELA (1996), p. 13.

⁸ LIPOVETSKY (2007), p. 294.

⁹ LIPOVETSKY (2007), p. 352.

están hechos los sueños, y los cuentos de hadas, de una sociedad de consumidores: transformarse en un producto deseable y deseado»¹⁰.

Una cuarta falacia: la uniformación y la aceleración del tiempo

Una cuarta y última falacia es la falacia de la disonancia o de la atemporalidad, que implica desconocer la existencia de distintos tiempos y el creer que vivimos todos en un mismo tiempo uniforme. Sin embargo, una reflexión atenta a nuestra propia experiencia nos permite constatar que nuestra realidad está conformada por diversos tiempos que coexisten a ritmos distintos: subjetivo, físico, ecológico, biológico, cultural, económico, presupuestario, burocrático, entre muchos otros posibles de discernir. Occidente y en particular la economía de mercado globalizada, como lo señaló Milton Santos (1978), ha impuesto su tiempo, su ritmo sobre el operar de todos los otros tiempos, en razón de la mayor velocidad de circulación de flujos con la cual ella opera.

En el mundo que así se ha construido, el cambio y la innovación se legitiman por sí mismas. De allí entonces que lo nuevo es siempre visto como sinónimo de mejor. Es la permanente obsolescencia de lo vivido en una cultura que requiere vivir negando, quemando y destruyendo los bienes obtenidos para seguir buscando nuevos bienes a los cuales adorar. La sociedad que transforma en males todos los bienes que se han democratizado y universalizado como lo demostró André Gorz, y con un estilo de vida en el cual ésta se vive en el instante sin espesor, que Kundera retrató magistralmente en su novela *La insostenible levedad del ser*. El culto al presente tiene una nueva relación con el tiempo: ante todo velocidad de cambio, hemos así llegado al tiempo de lo líquido y lo efímero, como lo sostiene Zygmunt Bauman.

¹⁰ BAUMAN (2007), p. 27.

Desde esta perspectiva la naturaleza y sus ritmos se transforman en el obstáculo que hay que franquear a como dé lugar. Aunque en ese proceso incluso la naturaleza completa podría desaparecer sin que ello sea una tragedia a lo más un evento como lo sostuvo años atrás el premio Nobel de Economía Robert Solow. «Si puede lograrse con gran facilidad la sustitución de los recursos naturales por otros factores, en principio no habría «problemas». En este caso, el mundo puede seguir adelante sin recursos naturales, de modo que su agotamiento es sólo un acontecimiento, no una catástrofe»¹¹.

Este conjunto de falacias instaladas muy profundamente en nuestro sistema de creencias nos ha conducido a construir y operar con un imaginario colectivo en el cual dejamos de mantener esa relación armónica y fluida (natural), incluso sacralizada, con el ambiente natural y social del cual formamos parte y transitado a una relación de expoliación, explotación e incluso de autodestrucción.

Once creencias instaladas por occidente, por la ideología del progreso y por el capitalismo

Sustentadas en las falacias antes descritas han surgido y se han instalado en el imaginario colectivo de la humanidad un conjunto de creencias que parece necesario e imprescindible erradicar:

- Creencia 1. *Más es igual a mejor.*
- Creencia 2. *La tecnología todo lo puede.*
- Creencia 3. *La competencia es algo natural y nos conduce a ser mejores.*
- Creencia 4. *El «éxito» es la principal meta de la vida.*
- Creencia 5. *La única forma de «ser humano» es la propia de Occidente.*

¹¹ SOLOW (1994), p. 94.

- Creencia 6. *La mejor sociedad es la que da libre curso a la voluntad de los individuos, en la que hay que ampliar el ámbito de los contratos y reducir el ámbito de las leyes.*
- Creencia 7. *La sociedad se reduce a la suma de los individuos que la componen (o como lo formuló Margaret Thatcher: «la sociedad no existe»).*
- Creencia 8: *Todos somos iguales (aunque algunos crean y no confiesen que son más iguales que otros).*
- Creencia 9: *El crecimiento es la solución a los problemas sociales (paro, desigualdad, pobreza, insustentabilidad).*
- Creencia 10: *La flexibilidad laboral es conveniente para los trabajadores (obviamente los asalariados).*
- Creencia 11. *Todo tiene su precio o todo tiene solución, es solo cuestión de costos (el axioma de la sustituibilidad perfecta de los factores productivos).*

El error epistemológico de Occidente

Sin embargo, las falacias analizadas y las creencias solo enunciadas constituyen sólo la parte visible del *iceberg*, puesto que ellos se anclan en un profundo error epistemológico, propio de nuestra cultura occidental. La realidad es siempre mucho más que lo aparente, que lo visible. Es además mucho más compleja. Nuestro error se llama *reduccionismo*. Sin embargo la paradoja en la cual nos encontramos atrapados, es que esa realidad es, a la vez, crecientemente construida por nuestras propias creencias y conductas. De modo que si reducimos la realidad, esto es, la simplificamos, estamos simplificando y reduciendo nuestro propio campo de operaciones. Estamos reduciéndonos nosotros mismos. Estamos empujándonos como seres humanos.

Una breve digresión: ¿dónde se constituye lo humano?

Me permitiré en consecuencia aportar unas breves reflexiones en torno a la constitución de lo humano.

Uno

Una primera idea dice relación con una característica absolutamente singular y propia del *homo sapiens*. Somos mamíferos al igual que muchas otras especies animales, pero con una singularidad: somos los únicos mamíferos conscientes de nuestra expulsión del útero materno. En nuestra vida intrauterina éramos verdaderos dioses, vivíamos flotando en un universo sin experimentar necesidades de ningún tipo, todo nos era provisto en ese paraíso: calor, protección, nutrición, evacuación. De allí que la metáfora de «la expulsión del paraíso» tenga un anclaje vivencial muy profundo. Fuimos expulsados del útero materno a un mundo de necesidades, de deseos, de pulsiones, de anhelos y frustraciones. Somos originariamente fruto de una pérdida. Experimentamos corporal y espiritualmente las leyes de la entropía, pagamos un costo por hacernos un ente distinto, por conquistar autonomía, por construirnos como un ser libre y diferente de aquel que nos dio a luz. Pero ello implica quedarnos constitutivamente marcados por algo que experimentamos como un rechazo, como una negación, como una pérdida.

De allí entonces, la diferencia que Erich Fromm hace de su pensamiento respecto del de Freud cuando señala: «Freud creía que la causa de represión efectiva (el contenido más importante a reprimir son los deseos incestuosos) es el miedo a la castración. Yo opino, por el contrario, que tanto individual como socialmente, lo que más teme el hombre es el aislamiento absoluto respecto de sus semejantes, el ostracismo total. Incluso el miedo

a la muerte es más fácil de soportar. La sociedad impone sus exigencias de represión amenazando con el ostracismo. Quien no niega la presencia de determinadas experiencias está desubicado, no tiene cabida en ningún lugar, corre el riesgo de volverse loco. (La locura es, en verdad, la enfermedad caracterizada por la ausencia total de vinculación con el mundo exterior)»¹².

Quizás es por eso mismo que casi todos los filósofos, salvo Baruch Spinoza, entendieron siempre el deseo como una carencia, como una falta, como una ausencia y fueron incapaces de ver la otra cara de la moneda, la del potencial contenido en el desear, como aquella energía vital que no sólo nos impulsa a conservarnos, sino que a ser, a actuar, a padecer, a experimentar: a construirnos.

Dos

Hay una segunda característica denotada por Humberto Maturana. La condición neoténica del *homo sapiens* y el surgimiento del «lenguajear». Los humanos somos entre los mamíferos y posiblemente entre todos los animales, los que tardamos una mayor proporción de nuestro tiempo en alcanzar la condición adulta, esto es en adquirir las destrezas y competencias necesarias para poder vivir en forma no dependiente. La neotenia es definida como la permanencia de rasgos infanto juveniles en los especímenes adultos de una especie. Es esa tardanza en madurar, esa mayor dependencia de los progenitores, la que según sostiene Maturana posibilitó en el género *Homo* y en particular en nuestra especie el *Homo sapiens*, una forma de relación de cercanía física y afectiva que permitió el surgimiento del lenguajear y de allí pasar al lenguaje. Que notable paradoja que la especie más incompleta y que requiera más cooperación para desarrollarse plenamente, es la

que haya llegado evolutivamente más lejos. Todo ello gracias al lenguaje, a la cultura, esto es a la necesaria existencia social en un modo de vida de aceptación mutua, de confianza y de cooperación.

«Nosotros proponemos que los seres humanos somos el presente de un linaje que surgió definido a través de la conservación de la relación materno-infantil de aceptación mutua en la confianza y en la cercanía corporal de una manera que se extendió más allá de la edad de la reproducción, en un proceso evolutivo neoténico»¹³.

Tres

Un tercer aspecto que considero relevante es que la condición humana se construye en la «necesaria» distancia entre el surgimiento del deseo y su satisfacción. Lo que nos diferencia del resto de los animales, es que ellos una vez surgido el deseo no pueden separarlo de su satisfacción, continúan instalados en esa emoción mientras no logren dar cuenta de éste. José Antonio Marina presenta una muy sugerente metáfora en *La selva del lenguaje*:

«Nuestro antepasado de frente huidiza y largos brazos caza el bisonte en el páramo. Atraviesa corriendo un paisaje de olores y pistas. Arrastrado por el rastro, salta, corre, gira la cabeza, explora, husmea. La presa es la luz al fondo de un túnel. Sólo existe esa atracción feroz y una sumisión sonámbula. Sólo sabe que la ansiedad se aplaca al seguir aquella dirección. No caza, se desahoga. No persigue un bisonte: corre por unos corredores visuales y olfativos que le excitan. Las huellas le empujan. Los signos disparan los movimientos de sus piernas, con el certero automatismo con el que alteran los latidos de su corazón. No hay nada que pensar, porque aún no piensa. Su cerebro calcula y le impulsa. Está sujeto a la tiranía del «Sí A ..., entonces B». La secuencia *If-then* tan usada por los

¹² FROMM (1968), pp. 262-263.

¹³ MATURANA y NISIS (1997), p. 98.

informáticos. Si ve la oscura figura del animal en la entreluz de la maleza, corre sesgado (para cortarle el paso). Si está muy cerca, aúlla (para atraer a sus compañeros de horda). Si el estímulo afloja su rienda, se detiene, se agita, gira a su alrededor (para unirse otra vez a la rienda y, atado a ella, proseguir de nuevo su carrera). No conoce ninguno de los paréntesis. Como el sonámbulo guía sus pasos y elude los obstáculos sin tener conciencia de ello, así nuestro antepasado se deslizó durante siglos por las cárcavas inhóspitas de la prehistoria.

La transfiguración ocurrió un misterioso día cuando al ver el rastro detuvo su carrera en vez de acelerarla y miró la huella: aguantó impávido el empujón del estímulo. Y, de una vez para siempre se liberó de su tiránico dinamismo. Aquellos dibujos en la arena eran y no eran el bisonte. Había aparecido el signo, el gran intermediario. Y el hombre pudo contemplar aquel vestigio sin correr. Bruscamente era capaz de pensar el bisonte aunque ni en sus ojos, ni en su olfato, ni en sus oídos, ni en su deseo estuviera presente ningún bisonte. Podía poseer el bisonte sin haberlo cazado. Y, además indicárselo a sus compañeros. Debió de ser fascinante el descubrimiento de la representación»¹⁴.

Por el contrario los humanos comenzamos a «desanimalizarnos» cuando nuestros padres, después del consentimiento de los primeros días al recién nacido, deciden que es tiempo de que empecemos a ser educados, esto es de que se nos enseñe que no podemos llorar reclamando teta, orines o fecas a cualquier hora de la noche (ellos requieren también descansar), de ese modo se nos hace presente la existencia del Otro, de la cultura, al establecer una distancia fáctica o temporal entre el surgimiento del deseo y su satisfacción. Somos más humanos mientras más cultura hayamos internalizado y cultura es en este caso postergación de la satisfacción del deseo.

¹⁴ MARINA (1998), pp. 41-42.

Cuatro

Una cuarta consideración. Los primeros aprendizajes de la especie humana fueron la constatación del surgimiento de la envidia, como los señala Lipovetski: «En las comunidades aldeanas tradicionales, el miedo a despertar la envidia del otro es omnipresente. Esta amplitud del miedo a la envidia es inseparable, según Foster, de un sistema de pensamiento o de una concepción del mundo en la que no es posible que aumenten los bienes de un individuo (riqueza, honor, poder, salud, afecto) sin que mengüen los de los demás: el más de uno se paga inevitablemente con el menos de los otros. Cuando la totalidad de los bienes se considera fija, nadie ve con buenos ojos lo que obtiene el otro, todos tienen miedo del resentimiento ajeno... La imagen de una cantidad de riquezas limitadas y no ampliable sería entonces una de las fuentes principales del peso social e individual de la envidia» (2007: 298-299).

Es en consideración a lo antes señalado que se construyeron instituciones que pusieran límites a la acumulación diferencial y a la apropiación privada, como los *potlach*, la construcción de templos y catedrales, la reciprocidad, las diversas formas de cooperación y solidaridad, entre muchas otras.

Cinco

Según sostiene Cristovam Buarque, a quien le escuché afirmar esto hace ya un par de décadas atrás, el proceso de economización de la vida ha apuntado históricamente a una conquista de tiempo libre, buscando así una ampliación de los espacios o grados de libertad humana. Es ésta, para muchos, la principal aspiración humana: la búsqueda y la conquista de la libertad. Es así como el transcurrir histórico y evolutivo de nuestra especie nos muestra un progresivo avance en

esta dirección. La observación de la condición humana, tanto en el plano individual como en el ámbito social hace manifiesto el tránsito desde una condición inicial absolutamente heterónoma a una de creciente autonomía.

Paradójicamente, sin embargo, los seres humanos requerimos de esa situación inicial heteronómica para alcanzar nuestra condición de seres humanos autónomos, para que se despliegue y constituya en nosotros nuestra humanidad o, dicho de otro modo, nuestra naturaleza humana. Llegamos a ser humanos gracias a nuestra existencia social. Sin la familia u otra institución social de carácter similar, que nos contenga, que nos eduque, que nos señale los límites, que nos enseñe a gestionar nuestras pulsiones internas, que nos imponga un marco normativo que nos constituya como humanos, no nos sería posible desarrollar una identidad, transformarnos en personas, en seres autónomos.

Por otra parte, sin la cultura, esto es sin el lenguaje, no habría sido posible el surgimiento del pensamiento, sin la nominación de las cosas que podemos hacer gracias a la palabra, al verbo, al lenguaje no habríamos sido capaces de operacionalizar el mundo. Somos por esencia seres lingüísticos.

Sin embargo, la libertad es una utopía que amén de inalcanzable puede incluso llegar a ser autodestructiva. Como lo ha señalado Tzvetan Todorov: «La democracia está enferma de desmesura, la libertad pasa a ser tiranía, el pueblo se transforma en masa manipulable, y el deseo de defender el progreso se convierte en espíritu de cruzada. La economía, el Estado y el derecho dejan de ser los medios para el desarrollo de todos y forman parte ahora de un proceso de deshumanización».¹⁵

En tiempos de desinstitucionalización, en que hay que «ofrecer resistencia a los efectos del neoliberalismo, como la sustitución sistemática de

la ley por contratos, las técnicas de *management* inhumanas y la búsqueda del máximo beneficio inmediato»¹⁶ parece imprescindible buscar una democratización de la democracia como lo señala Boaventura de Sousa Santos.

Sexto

Asumiendo esta perspectiva es posible concluir que la ciudadanía es una conquista en el proceso de adquisición de una mayor autonomía humana, puesto que ella nos ha permitido ampliar los grados de libertad disponibles para ejercer nuestra humanidad. Existe a la vez una relación de retroalimentación entre ciudadanía y democracia, ya que esta última es a la vez causa y resultado del ejercicio de la ciudadanía. La democracia es el medio, hábitat o ambiente que hace posible el despliegue de la condición ciudadana y la ciudadanía es el proceso autopoietico que construye democracia. Toda expresión de ejercicio de ciudadanía es democratización en proceso.

La ciudadanía es a la vez un avance hacia un mayor desarrollo moral del individuo. Al ejercerla éste ejerce a su vez su autonomía y su eticidad. Debe comenzar a decidir por sí mismo y asumir la responsabilidad por sus decisiones.

En tal sentido la condición humana es una tarea a realizar en la cual:

- La humanización (el proceso de hacernos más y mejores humanos) es una dinámica de ampliación de nuestros grados de libertad.
- Los humanos a diferencia del resto de los animales nos hacemos a nosotros mismos.
- El construirnos a nosotros mismos tiene que ver con transitar desde una

¹⁵ TODOROV (2012), p. 186.

¹⁶ TODOROV (2012), p. 192.

conciencia heterónoma a una conciencia autónoma, en pasar desde un juicio moral inicialmente anclado en lo que piensan los demás, en el qué dirán, en el control social, a un juicio anclado en mi interioridad, en mi propia conciencia¹⁷.

- Lo cual implica, a su vez, asumir la responsabilidad por los errores y aciertos propios.

Sin embargo, no es una tarea fácil, ya que nos requiere superar tendencias en parte atávicas e incluso condicionamientos genético-culturales, ya que:

- Pensar por sí mismo es más angustioso que creer ciegamente en alguien.
- Es más fácil dejar hacer que hacerse responsable, en especial cuando de ello se pueden derivar costos.
- Es más simple achatar los horizontes que correr los riesgos de equivocarse en la búsqueda de los sueños y utopías.
- Es más conveniente que otros decidan por uno a decidir por uno mismo, así siempre habrá a quien culpar en caso de error.
- Es más cómodo quedarse callado que opinar.
- Es más descansado vivir en las certezas aunque sean erróneas que en la incertidumbre permanente de la búsqueda.

¹⁷ Es importante tener presente algo que señala Enrich Fromm: «La conciencia es un fenómeno social; para Marx consiste sobre todo en falsa conciencia, la obra de las fuerzas de la represión. El inconsciente, lo mismo que la conciencia, es también un fenómeno social, determinado por el 'filtro social' que no permite que la mayoría de las experiencias humanas auténticas ascienda del inconsciente a la conciencia. Este filtro social consiste primordialmente en: a) el lenguaje; b) la lógica; y c) los tabúes sociales; está cubierto por las ideologías (racionalizaciones) que se experimentan subjetivamente como ciertas, cuando en realidad no son más que ficciones socialmente producidas y compartidas. Esta interpretación de la conciencia y la represión puede demostrar empíricamente la validez de la afirmación de Marx acerca de que: 'la existencia social determina la conciencia'» (Fromm, 1968:262).

No obstante lo antes dicho, los humanos, al menos idealmente, hemos logrado aún así avanzar en nuestra historia reciente hacia formas crecientemente democráticas de autogobierno individual y colectivo. Hemos superado las explicaciones religiosas y míticas respecto al operar del mundo natural y del universo, hemos desacralizado el universo y secularizado nuestras instituciones, hemos ampliado los grados de ejercicio de nuestro libre albedrío, hemos incrementado el fuero interno y autónomo de la conciencia humana, hemos desplegado la fuerza de la resistencia, hemos comenzado a reconocer el valor inconmensurable de la dignidad humana, como se aprecia al observar las nuevas luchas sociales.

Vivimos en un tiempo de transformaciones, en el cual se evoluciona o se cae en la decadencia, y más aún posiblemente en lo peor de nuestra condición humana, en el individualismo exacerbado, la ceguera absoluta y la falta de lucidez colectiva. Vivimos en tiempos en los cuales se ha casi logrado destruir todas las comunales, lo público, lo estatal; de mercantilización y privatización de todo, incluso de los espíritus; de apropiación y expropiación del imaginario social, de la conciencia colectiva, de la subjetividad; de individualización extrema casi al borde de lo patológico. Pero pese a todo, «aún tenemos sueños», aún ronda por allí la impertinente e inoportuna utopía de la libertad, la fraternidad, la solidaridad, que emergen como esas semillas que logran germinar en moles de cemento pese a tener todo en contra.

Podemos pensar, debemos pensar, porque en última instancia, el pensar es ejercer nuestra condición de seres libres, es un acto de honor, de expresión de nuestra dignidad, como seres que se hacen a sí mismos. Debemos tener presente que la realidad sociohistórica se construye. No hay leyes históricas, la historia la construimos los seres humanos o ella no se construye. De allí la importancia de una apertura de construcciones hacia lo nuevo, hacia lo inédito; la necesidad de

transitar hacia una nueva ética, y porque no decirlo hacia un nuevo imaginario social, y con esto hacia una nueva moralidad, hacia una nueva forma de pensarnos y de relacionarnos entre nosotros y entre nosotros y el resto de los seres vivos.

Referencias bibliográficas

- AVELINE, C. (1991): «A visão budista da questão cognitiva»; en *Bodisatva; Revista de Pensamento Budista* (2). Porto Alegre, RS, Brasil; pp. 46-59.
- BAUMAN, Z. (2007): *Vida de consumo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- BERMAN, M. (1987): *El Reencantamiento del Mundo*. Santiago de Chile, Cuatro Vientos Editorial.
- DE SOUSA SANTOS, B. (1998): *Reinventar a democracia*. Lisboa, Gradiva.
- DE SOUSA SANTOS, B. (2003): *La caída del Angelus Novus. Ensayos para una nueva teoría social y una nueva práctica política*. Bogotá, ILSA y Universidad Nacional de Colombia.
- DE SOUSA SANTOS, B. (2006): *Conocer desde el Sur. Para una cultura política emancipatoria*. Lima, Programa de Estudios sobre Democracia y Transformación Global.
- FROMM, E. (1968): «La aplicación del psicoanálisis humanista a la teoría de Marx»; en E. FROMM *et al.*: *Humanismo socialista*. Buenos Aires, Editorial Paidós.
- LIPOVETSKY, G. (2007): *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*. Barcelona, Anagrama.
- MARINA, J. A. (1998): *La selva del lenguaje. Introducción a un diccionario de los sentimientos*. Barcelona, Anagrama.
- MATURANA, H. y NISIS, S. (1997): *Formación humana y capacitación*. Segunda edición; Santiago de Chile, Dolmen Ediciones.
- MAYOR ZARAGOZA, F. (1999): *Los nudos gordianos*. Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- SANTOS, M. (1978): *Por uma geografia nova*. Sao Paulo, Hucitec.
- SANTOS, M. (2000): *Por uma outra globalização: do pensamento único à consciência universal*. Rio de Janeiro, Editora Record.
- SOLOW, R. (1994): «La economía de los recursos o los recursos de la economía»; en F. AGUILERA KLINK y V. ALCÁNTARA, comp.: *De la Economía Ambiental a la Economía Ecológica*. Madrid, Icaria/Fuhem.
- SPRETNAK, C. (1992): *Estados de gracia. Cómo recuperar el sentido para una posmodernidad ecológica*. Buenos Aires, Planeta Tierra.
- TODOROV, T. (2012): *Los enemigos íntimos de la democracia*. Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- VARELA, F. (1996): *Ética y acción*. Santiago, Dolmen Ediciones.



POR UNA ECONOMÍA HUMANISTA

Claudio Naranjo
Psiquiatra

Resumen

Porque se presenta la disciplina de la economía como una ciencia casi matemática, aunque ello se logre a través de simplificaciones insostenibles, celebro planteamientos alternativos como el de considerar la economía parte de una ciencia del ambiente o concebir una futura economía humanista.

Sin ser un economista, sin embargo, limitaré mi contribución en estas páginas a un tema que ya he investigado, el de la sociedad patriarcal, esperando que al llamar la atención hacia la mente patriarcal como trasfondo de nuestra vida económica disfuncional no sólo esté contribuyendo a lo que pueda ser una mejor concepción teórica de la vida económica, sino que sirva al despertar de la conciencia de quienes simplemente se interesan en lo que ocurre en el mundo que nos rodea.

Abstract

Because the discipline of economics is presented as an almost mathematical science, even though this is asserted through unsustainable simplifications, I welcome alternative approaches like considering economics to be part of an environmental science or conceiving a future humanist economics.

Though I am not an economist, I will limit my contribution in these pages to a subject that I have already investigated, that of patriarchal society, hoping that by drawing attention to the patriarchal mindset as the background of our dysfunctional economic life, I am not only contributing to what could be a better theoretical conception of economic life, but that I also raise awareness among those who are simply interested in what is happening in the world around us.

1. Prolegómenos

Mucho se habla en nuestro tiempo de las amenazas a nuestra supervivencia en forma de daño ambiental, crecimiento insostenible, sobrepoblación, desigualdad creciente, calentamiento atmosférico, escasez de petróleo, y algunas veces se agrega a esta lista la consideración de nuestras actitudes, creencias, o maneras de pensamiento disfuncionales. Más recientemente aún, se comienza a hablar de la responsabilidad de la economía en nuestras catástrofes sociales, particularmente tras la reciente crisis financiera que ha venido a demostrar el error de supuestos dogmas infalibles.

Porque se presenta la disciplina de la economía como una ciencia casi matemática, aunque

ello se logre a través de simplificaciones insostenibles (como el supuesto de que sea movida la vida económica por la racionalidad, o que su motivación única sea el interés en las ganancias), celebro planteamientos alternativos como el de considerar la economía parte de una ciencia del ambiente o concebir una futura economía humanista. Sin ser un economista, sin embargo, limitaré mi contribución en estas páginas a un tema que ya he investigado, cual es el de la sociedad patriarcal, esperando que al llamar la atención hacia *la mente patriarcal como trasfondo de nuestra vida económica disfuncional* no sólo esté contribuyendo a lo que pueda ser una mejor concepción teórica de la vida económica (que además de tomar en cuenta aspectos humanos ponga al hombre al centro de las

cosas), sino que sirva al despertar de la conciencia de quienes simplemente se interesan en lo que ocurre en el mundo que nos rodea.

No sólo no es humanista la economía que tenemos hoy en el mundo, sino que justamente podemos llamarla inhumana; y no sólo inhumana, sino que deshumanizante; y por ello algunos economistas esclarecidos¹ han propuesto que en un tiempo futuro deberá volver a tener la economía una relevancia ética, para así hacerse coherente con los valores humanos; sólo que es difícil concebir como se pueda pasar del orden actual a un orden tan diferente.

Como se dice tan a menudo hoy en día, tenemos un orden en el que hay una gran acumulación de la riqueza en un porcentaje bajo de la población, lo que, como se ha argüido, trae consigo muchos daños²; y creo que si un extraterrestre lo mirara sin alcanzar a discriminar los detalles de cómo esto se lleva a cabo, imaginaría que un orden tan injusto, que acarrea la muerte de tantos a causa de la pobreza y de un deterioro de la calidad de vida de las mayorías, sólo pudiera explicarse a través del uso del poder. Pero para quienes miramos más de cerca, no es tan visible tal poder, y muchos prefieren culpabilizar a los mercados y a las leyes económicas de esta aparente injusticia, que difícilmente podemos llamar injusticia desde el momento en que nos parece que no hay gente injusta que la esté manteniendo en operación. Y por más que el actual papa haya dicho recientemente (en su encuentro con el rey de España al llegar al aeropuerto de Madrid) que detrás de los problemas económicos están los problemas éticos, los mismos políticos parecen no darse cuenta de que la pobreza sea el resultado de tal cuestionable acumulación de la riqueza.

¿Y por qué no es aparente que la acumulación de la riqueza sea el resultado de un ejercicio discutible o poco ético del poder? Porque de encu-

brirlo se han ocupado los economistas con la ayuda de la “ciencia económica”. La tarea de la economía (al amparo en tiempos recientes del dogma de la libertad de los mercados propuesto por Hayek y Friedman) ha sido explicar como la cosa más natural el establecimiento de un orden injusto en que las mayorías se ven reducidas progresivamente a una condición de creciente esclavitud.

¿Y cómo hacen los economistas para tenernos tan convencidos de que las leyes económicas mandan sobre todo lo demás, y que las cosas deben funcionar en el mundo tal como están funcionando, a pesar de que mientras más dominan los economistas sobre la política, más problemas económicos tenemos? Principalmente, a través de la creación de un dogma implícito que sería demasiado irracional para ser creído si se hiciese explícito: el dogma de que la economía es una cosa separada de la vida humana, y que obedece a supuestas leyes propias³ (cuando en realidad, sería más correcto inscribir lo económico en la esfera de lo social, y lo social, a su vez, en la del medio ambiente, como plantean quienes se ocupan hoy de la sostenibilidad)⁴.

Pero antes de proseguir hagamos una retrospectiva histórica de largo alcance

En los tiempos así llamados primitivos, la gente tenía tiempo para vivir, y vivía en ambientes muy bellos, y tenía tiempo también para las relaciones familiares, para cantar, celebrar ritos y contar historias. Por lo que sabemos, quienes vivieron en el paleolítico fueron los inventores de las religiones y del arte –y es dudoso que nosotros– en el siglo XXI pudiésemos hacer lo uno o lo otro, ya que las artes nos parecen algo muy secundario al comercio, y la religión, un residuo discutible del pasado. Se dice que tenemos que ganarnos la vida,

¹ SEN (1987, 2009).

² STIGLITZ (2012).

³ AGUILERA (2010).

⁴ BRUNDTLAND REPORT (1987).